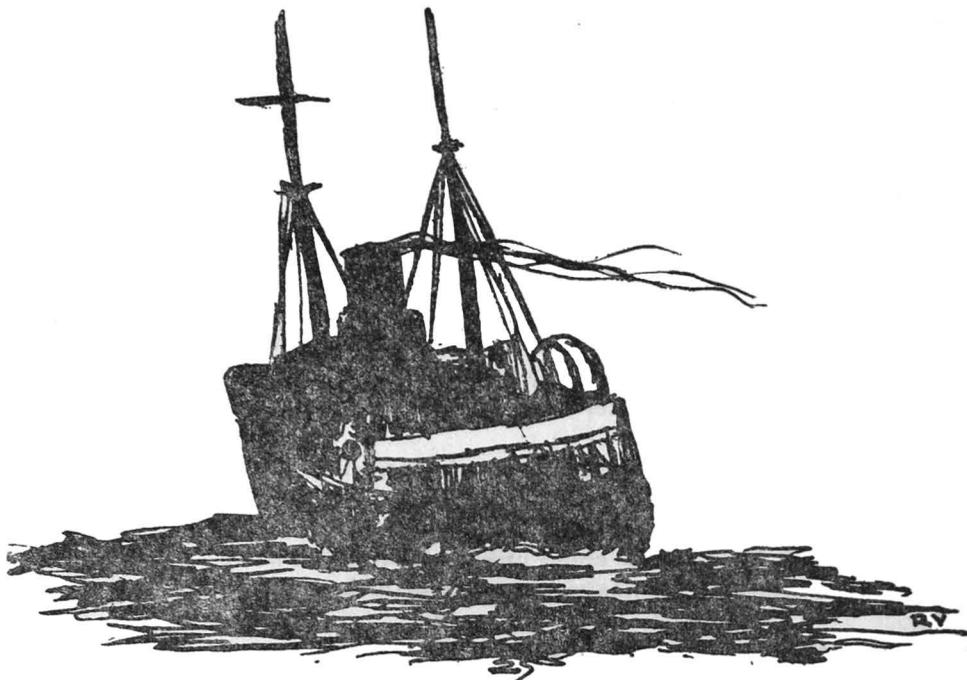


LOS FANTASMAS DE LA BAHIA



La Obsesión

Por Ricardo Valenzuela

Me llamó el jefe de informaciones. Había con él un individuo.

—Quiere embarcarse— me dijo señalándolo con un movimiento de cabeza—. Vea usted modo de ayudarlo.

No me lo presentó. En el ajetreo de los diarios se olvidan a menudo ciertas formalidades...

Miré al postulante. Parecía uno de aquellos seres que han pasado por todo, que han desempeñado los más variados oficios, que pueden hacer cualquier cosa... Yo tenía a mi cargo las noticias de la bahía. Traté inmediatamente de excusarme.

—La Marina Mercante atraviesa por una situación difícil— observé al jefe de informaciones—. La ley del cabotaje...

—No hablemos de eso por ahora— me interrumpió él—. Lo importante en este momento es que consiga usted una plaza a bordo para este hombre.

Hay personas que nos caen mal desde el principio.

—¿Necesariamente a bordo?— inquirí deseando a toda costa zafarme del encargo.

Eran las siete de la tarde. La oficina estaba en penumbra. Solo la lámpara con pantalla verde derramaba luz sobre los papeles. El jefe no se había movido del escritorio ni ofrecido asiento.

—Sí, señor— confirmó el desconocido con suavidad no exenta de firmeza—. Necesito embarcarme... Olvidar...

¡No lo esperaba! ¡Francamente no lo esperaba! Me quedé observándolo con curiosidad... Tenía las orejas grandes, el cuello de la camisa arrugado y sucio. Era flaco, desgarrado... No me lo imaginaba entre la tripulación de un buque. Y ese olvidar... dicho así... sin que le produjera ninguna sorpresa al jefe de informaciones.

Tomé una actitud grave. Objeté:

—No se si será posible. Como usted habrá oído decir, la Marina Mercante atraviesa por una situación difícil. La ley del cabotaje...

Se produjo uno de esos silencios embarazosos. Al fin el jefe arguyó:

—Hágame el favor de hacer lo que pueda por este señor. Lo espero como una atención de su parte.

El tono era cordial pero, evidentemente, aquello debía considerarlo como una orden.

—Está bien.

* * *

Desde entonces el extraño se convirtió en mi sombra.

Cuando después de los trajines del día regresaba a mi oficina para redactar las noticias, lo encontraba invariablemente en ella, esperándome.

—¿Qué hay? ¿Cómo le ha ido?

Me hacía esta pregunta con una familiaridad desconcertante. Como si tuviésemos algo en común. Como si hubiésemos estado juntos en el colegio...

—¡Mal, muy mal!— le respondía yo con frialdad—. La Marina Mercante atraviesa por una situación difícil. La ley del cabotaje...

El me interrumpía:

—¿De manera que otro día perdido?

Parecía no importarle un ápice la situación de la Marina Mercante, ni la ley del cabotaje que yo invocaba.

—¡Sí, otro día perdido!— le confirmaba entonces con el mayor énfasis y, ¿por qué no confesarlo? sin que me doliera en absoluto defraudarlo.

Porque la verdad es que hasta el momento no me había ocupado para nada del asunto, aunque algunas veces pensaba: "Este quiere olvidar... ¿olvidar qué? ¿A una muchacha? ¿Una deuda? ¿Un asesinato?" Y así, además de antipático se me hizo sospechoso. ¿Por qué no empezaba por olvidarse de mí?

Al cabo de algunas semanas pasaba casi continuamente en mi oficina. En cuanto me divisaba se ponía de pie y me interrogaba con los ojos. Porque desde muchos días no me preguntaba ya "¿Qué hay? ¿Cómo le ha ido?", sino que se limitaba simplemente a clavarme los ojos... Unos ojos enormes, líquidos, interrogadores...

Me descomponía los nervios. Para desquitarme, le gritaba desde la puerta:

—¡No hay nada! ¿Sabe usted? ¡No-hay-nada!

Entonces él recogía pausadamente su abrigo, descolgaba su sombrero de mi percha y se retiraba con mucha dignidad.

—Hasta mañana, señor.

—¡Adiós!— le gritaba yo, y me ponía a teclear en la máquina, sin mirarlo siquiera.

Mi adiós era seco, cortante, como el que se da a quien deseamos que no vuelva nunca.



Una tarde me llamó nuevamente el jefe de informaciones:

—He visto a mi recomendado aguardando largas horas en su oficina...

—Sí... yo creo que se vendrá a vivir a ella— le contesté bromeando.

El jefe de informaciones continuó serio:

—¿No ha conseguido todavía embarco para él?

Dió una inflexión grave a la pregunta.

—A decir verdad— repliqué un poco turbado— no se ha podido aún, así... con tanta rapidez. Como usted sabe, la Marina Mercante...

—No insista más en eso... Hágame el favor de interesarse de veras por la suerte de ese hombre. Ha hablado otra vez conmigo. Me tiene preocupado...

Tuve que hacerlo.

Al día siguiente me trasladé a bordo del "Aloa", un pequeño carguero que resoplaba a siete nudos, en medio de una gran humareda. Uno de tantos que iban y venían a lo largo del litoral, repletos de carga y pacotilla, con una bandera desteñida a popa y las barandas sucias de hollín.

Explicué el caso al capitán; uno de aquellos viejos capitanes que habían escalado desde abajo. Me escuchó atentamente. Sonrió moviendo, la cabeza:

—¡Un curioso tipo! ¿no?

—Sí, en verdad, es un extraño tipo.

Bebimos un trago en su pequeña cámara oscurecida por unas cortinas verdes. Había un diván grande, un barómetro, un retrato de su mujer; uno de aquellos retratos que miran de frente y que parecen perseguirlo a uno con la vista donde se coloque. Un impermeable colgaba de un gancho en el mamparo y se movía al compás del buque.

El capitán y yo eramos amigos. El último verano había hecho un viaje por la costa en el "Aloa". Me atraían estos buquecitos medio anónimos, medio bohemios, medio heroicos, que iban cumpliendo su misión silenciosa, obscuramente, por el mar. Entonces el capitán me enseñó a trazar rumbos en la carta de navegación. Otra vez me permitió que hiciera de timonel durante algunas horas. "¿Y por qué no se hace usted marino, en definitiva?". Y yo le replicaba: "¡Ah, esa es otra historia, como decía Kipling, capitán!".

Solía visitarlo cuando se hallaba en puerto. Era viejo y pensaba retirarse y vivir en el campo, entre árboles frutales y gallinas. Lo reiteraba siempre, pero no salía del mar. Se interesó vivamente por mi asunto.

—Está bien— me dijo con su natural bonhomía—, mándeme a su hombre a bordo. Esta noche a las 23 zarpo para el sur.

Era la época en que el capitán de un buque podía contratar a un hombre sin que se escandalizara el sindicato.

Varios faluchos transbordaban su carga al "Aloa" por ambas bandas. Los "winches" del vaporcito trabajaban estrepitosamente. Una lancha a motor, repleta de carne fresca, hacía sonar su bocina para que le abrieran un claro junto a la escala. "¡Por estribor! ¡Los víveres por estribor!"— le gritaba el sobrecargo al motorista impaciente, mientras a popa, el cocinero y el pinche trataban de amarrar a un cerdo cuyos chillidos alarmaban a las gallinas que cacareaban y aleteaban dentro de una jaba atrincada cerca del asta de bandera.

—¡Hasta la vista, capitán, y buen viaje!

—¡Hasta la vista, y venga a verme al regreso!

Me hizo una señal con la mano y desapareció por la puerta de su camarote, cerca de la chimenea, detrás del puente.

Bajé a tierra aliviado.

Como no eran más de las cinco de la tarde, el individuo se hallaría como de costumbre en mi oficina, esperándome. ¡Ya tendría tiempo de avisarle!

Estábamos en junio. Un cielo bajo, de gruesas nubes, daba la idea de que fuera más tarde. Un vientecillo norte tibio, olor a algas, movía los toldos multicolores de algunas tiendas, cuyas vitrinas ya habían encendido.

Cerca de la Bolsa de Comercio entré a un salón de té. Hombres bien vestidos, rasurados, hablaban de sus asuntos. Desde mi mesa, a través de los vidrios, veía pasar los tranvías de dos pisos, pintados de rojo... Era el "old Valparaíso", del auge mercantil y de la influencia británica.

Cuando salí a la calle ya era completamente de noche.

Una sombra me interceptó el paso:

—¿Qué hay? ¿Cómo le fue a bordo?

Me detuve sorprendido.

Era él, apenas identificable, dentro de su impermeable oscuro. Como siempre llevaba aquel sombrero de anchas alas que le doblaba las orejas.

—¿Cómo sabe usted que fui a bordo?— le pregunté con aspereza.

—Lo seguí. Lo sigo a usted todos los días en estas últimas semanas. Hoy es la primera vez que usted va a bordo.

Me hablaba en tono de reproche.

Me ardió la sangre.

—¡Así es que usted me sigue por las calles como si yo fuera un delincuente y usted detective!. ¡Usted, que es un hombre que quiere desaparecer, olvidar o "que lo olviden"! No dio importancia a mis palabras.

No dio importancia a mis palabras.

—Sí, señor, lo sigo porque usted nos ha mentado al señor Jefe de informaciones y a mí durante el tiempo que le ha dado la gana.

Tuve la intención de apartarlo bruscamente, pero reflexioné. Ya tenía resuelto el problema y, después de todo, ¿no era justa su queja? ¿No era cierto que los había engañado a él y al jefe de informaciones, postergando indefinidamente el encargo? Tratando de acortar en lo posible el diálogo, le contesté secamente:

—Bien. No voy a discutir con usted. Le he conseguido una plaza a bordo del "Aloa". No sé que plaza le darán, pero creo que le da igual. Preséntese a bordo a las ocho. El buque zarpa esta noche a las once. ¿Tiene sus papeles en orden?

Extrajo del bolsillo una libreta de embarco.

—¿Cómo la consiguió?

—Alguien más diligente que usted...

—Muy bien. Lo felicito. Ya sabe que tiene su plaza. Adiós.

—Adiós, señor... gracias. De todos modos, no me olvidaré de usted.

—Bien... bien...— y salté a la pisadera del primer tranvía que pasó.

No se por qué experimenté una extraña sensación, después de esta terca despedida. Sentía una mezcla de satisfacción por haberle ayudado y servido y de lástima, al notar que después de todo no me guardaba rencor.

Repentinamente me invadió una infinita piedad hacia él. Sentí arrepentimiento y me reproché el no haberle tendido la mano una sola vez... Ni siquiera ahora, en el momento de partir.

El tranvía se detuvo en la esquina. Miré por la ventanilla. Podría reparar todo aquello bajándome y ofreciéndole discretamente algún dinero. Pero, ¿si no aceptaba? ¿si se ofendía?

El vehículo volvió a partir.

El hombre se alejaba en dirección a los muelles. Pronto desapareció en la obscuridad, más allá del rectángulo de luz que arrojaba sobre la acera el salón de té.

* ★ *

Unos pocos días después tuve la noticia... La recogí yo mismo en las oficinas marítimas. El "Aloa" se hundió en mal tiempo, probablemente por desestiba de la carga... No se salvó nadie. No se recuperó un cadáver, ni una sola tabla... Fue uno de aquellos naufragios que no dejan rastros.



—Su recomendado iba a bordo— dije al jefe de informaciones apenas llegué al diario contándole la noticia.

Mi voz estaba alterada por la emoción. No sé por qué, el desaparecimiento de aquel individuo me causaba más impresión que el de mi amigo, el capitán.

El jefe de informaciones apenas levantó la vista de los papeles que estaba revisando. Me dijo con voz calmada:

—No se inquiete... Es usted muy joven... Por lo demás, le hemos hecho un favor a ese hombre. Como tantos otros vino al diario, contó sus desventuras, me confesó que quería suicidarse. Era un tipo extravagante, un misántropo. No dudo que lo hubiera hecho... Por eso hablé con usted. Pensé que embarcado olvidaría aquella obsesión. ¿Qué otra cosa podía hacer?

No dije nada.

Después, por mucho tiempo, temía ver sus ojos cuando apagaba la luz.